

Entrevista a Richard L. Kagan

Antoni Furió
antoni.furio@uv.es

Richard L. Kagan, profesor de Historia de la Johns Hopkins University, con sede en Baltimore (Maryland), una de las universidades más prestigiosas de la costa este norteamericana, había de venir a España en la primavera pasada para una estancia de tres meses. Tenía programadas diversas conferencias –en la Universidad Complutense y también en la de York, entre otras– y habíamos convenido incluso que se trasladase a Valencia para impartir un seminario sobre la Leyenda Negra, en el marco del dossier que estaba preparando la revista *Pasajes*. El coronavirus lo trastocó todo, como ha trastocado también la vida de millones de personas en los últimos meses, y el viaje y los seminarios quedaron pospuestos para mejor ocasión. Acordamos, no obstante, reconvertir su participación en una entrevista, que hemos venido manteniendo a lo largo de este verano y que hemos dado por concluida a finales de septiembre. Lo que sigue es la transcripción de esa entrevista, realizada de forma escrita por correo electrónico, y con preguntas y respuestas más largas que cortas, dada su naturaleza más ensayística que periodística.

El profesor Kagan es un conocido especialista en la historia moderna de Europa, particularmente –pero no solo– en la España de los Austrias. Autor de una docena de libros, muchos de los cuales han sido traducidos al castellano –entre ellos, *Universidad y sociedad en la España moderna* (1981), *Los sueños de Lucrecia: política y profecía en la España del siglo XVI* (1991), *Imágenes urbanas del mundo hispánico, 1493-1780* (1998), *El rey recatado: Felipe II, la historia y los cronistas del rey* (2004) y *Los cronistas y la corona* (2010)– y de un centenar de artículos y capítulos de libros, ha dirigido también una veintena de tesis doctorales. Su último libro, *The Spanish Craze: America's Fascination with the Hispanic World, 1779-1939*, sobre la fascinación que ejerció el mundo hispánico en la sociedad y la cultura estadounidenses, está a punto de ser publicado en castellano con el título de *El embrujo de España*, y en la actualidad prepara otro sobre Henry Charles Lea, el autor de la monumental *Historia de la Inquisición española* (publicada en cuatro volúmenes en 1906-1907). Un tema que Kagan ha abordado ya en anteriores publicaciones y que le acerca más todavía al contenido de nuestro dossier.

En estas líneas preliminares la presentación del entrevistado ha de ser forzosamente breve. El lector interesado en profundizar en la biografía y la obra de este

norteamericano enamorado de la historia y la cultura hispánicas puede recurrir a dos textos excelentes: por una parte, el sentido homenaje que le tributa su colega Geoffrey Parker («Preface: Richard L. Kagan, an Appreciation») en el libro editado por Kimberly Lynn y Erin Rowe *The Early Modern Hispanic World. Transnational and Interdisciplinary Approaches* (Cambridge University Press, 2019), publicado en honor de Kagan y que cuenta también con un epílogo de John Elliott; y, por otra parte, el capítulo que él mismo escribió («Por qué España») en el volumen editado por Jaume Aurell *La historia de España en primera persona* (Barcelona, Base, 2012).

Nacido en New Jersey en 1943, Richard L. Kagan era hijo de un empresario de origen ucraniano que fabricaba alambre de espino. Richard no atendió a los deseos de su padre, que pensaba que sus hijos le sucederían al frente del negocio, y tras cursar la licenciatura en la Universidad de Columbia se trasladó a Cambridge en 1965, a los 22 años, en donde obtuvo el doctorado en Historia, bajo la supervisión de John Elliott, director también de su tesis doctoral sobre la educación en la España de los Austria (leída en 1968, publicada en 1974 y traducida al castellano en 1981, con un prólogo de José Antonio Maravall). Ya el mismo año en que terminó la tesis entró como profesor ayudante de Historia en la Indiana University (Bloomington), de donde pasó en 1972 a la Johns Hopkins University, en la que ha permanecido hasta hoy mismo, durante casi cincuenta años. Lo que no le ha impedido viajar como profesor invitado a otras universidades (Minnesota, Bielefeld en Alemania, Autónoma y Complutense de Madrid, EHESS de París, Barcelona, Granada...) y participar en congresos y reuniones científicas por todo el mundo.

De la educación en la España moderna, el tema de su tesis y en la que no podía dejar de estar presente la Inquisición, pasó a interesarse también por la historia del arte y la cultura, en particular por la pintura del Greco y por las «vistas» de diferentes ciudades de la monarquía hispánica encargadas por Felipe II al paisajista flamenco Anton van den Wyngaerde. Estas incursiones en el mundo del arte le valdrían la amistad con dos reconocidos especialistas en la materia, Fernando Marías, con quien ha colaborado en importantes proyectos, y, sobre todo, con Marianna Shreve Simpson, con quien se casó en 1983. La España de Kagan fue inicialmente la España de Felipe II, del Greco, de Toledo, de Lucrecia de León –una profetisa callejera que predijo en sueños la derrota de la Armada Invencible en 1588 como castigo a Felipe II por el asesinato de su hijo don Carlos y de su esposa Isabel de Valois– y de numerosas otras vidas truncadas por la Inquisición. De hecho, uno de sus libros de mayor proyección, elaborado junto con Abigail Dyer, es *Inquisitorial Inquiries. Brief Lives of Secret Jews and Other Heretics* (2004), publicado en castellano como *Vidas infames. Criptojudíos y otros herejes ante la Inquisición* (2010), una colección de «microhistorias» de gentes anónimas, cuyos retazos biográficos es posible recomponer a través de los archivos del Santo Oficio. Paralelamente, Kagan empezó a estudiar también a los historiadores curiales que celebraban en sus obras las glorias y la grandeza de la monarquía, siendo re-

compensados con el título de «cronistas del rey», como Juan de Mariana y otros. Al fin y al cabo, la suya era una historia «oficial» que influiría poderosamente no solo sobre la visión de España y del mundo de sus propios contemporáneos, sino también sobre la de sucesivas generaciones.

Poco después Kagan ampliaba su campo de estudio a la percepción cambiante que se tenía de España y de la historia y la cultura del mundo hispánico en Estados Unidos, tanto en los ambientes académicos, historiográficos, como entre el gran público. Sobre esto último, sobre la alternancia entre la hispanofilia y la hispanofobia, acrecentada a raíz de la guerra entre ambos países en 1898, pero superada finalmente por la fascinación, sobre todo en el mundo del arte y la cultura, versa su último libro, *El embrujo de España*, que publicará en breve Marcial Pons. Y sobre lo primero, sobre el interés por España de los hispanistas norteamericanos, de William Hickling Prescott y Washington Irving a George Ticknor y Henry Charles Lea y otros historiadores y escritores menos conocidos, Kagan ha escrito y sigue escribiendo en la actualidad. Su próximo libro, ya lo hemos dicho, trata sobre el autor de *Historia de la Inquisición española*, una obra de referencia sobre el Santo Oficio esgrimida como autoridad incluso por los partidarios de la existencia de una Leyenda Negra sobre el pasado de España. Lo que nos conecta directamente con el tema de nuestro dossier.

Profesor Kagan, usted ha publicado numerosos libros y artículos sobre España, su historia y su cultura. Precisamente uno de ellos, el último, *The Spanish Craze*, de próxima publicación en castellano, trata sobre la fascinación de Estados Unidos por el mundo hispánico. Me parece obvio empezar la entrevista con esta pregunta: ¿Por qué España? ¿Cómo nació en usted el interés por la historia de España? ¿Qué relaciones ha mantenido y mantiene con el mundo académico español?

¿Por qué España? Todo empezó cuando tenía 13 años y estaba a punto de cursar la secundaria, y me pidieron que eligiera la lengua extranjera que quería estudiar. En aquellos años a los estudiantes de primaria, al menos en las escuelas públicas como a la que yo asistía, no se les enseñaban lenguas extranjeras. Mi hermano mayor había estudiado francés y yo iba a hacer lo mismo, si no fuera porque mi padre, propietario de una pequeña empresa que fabricaba alambre, acababa de volver de un largo viaje de negocios a Méjico y otros países hispanoamericanos. Como él deseaba que también yo entrara un día en la empresa familiar, me sugirió que estudiase español, un idioma que consideraba más útil y práctico que el francés. Seguí su consejo de forma obediente y estudié español durante cuatro años en la secundaria –con la suerte, además, de que el profesor, que había estudiado en Madrid, me enseñase castellano en vez del español (con acento mejicano) más común en América– y luego otro en la Universidad. De

no haber sido así, no había nada en mis orígenes familiares –mi padre nació en Ucrania y emigró a Estados Unidos en 1913, mientras que mi madre, nacida en Estados Unidos, era de ascendencia austropolaca– ni en mis viajes –visité Europa durante el verano de 1964, pero como había ido principalmente a estudiar italiano e historia del arte en Florencia, España no entraba en mi itinerario– que me llevase a España. Al final, pues, fue esa decisión juvenil, tomada a los 13, lo que sentó las bases para el resto de mi vida, en la medida en que el idioma abrió la puerta a la cultura española y luego, en el último curso en la Universidad, a la historia española. Antes de darme cuenta, estaba en un avión a Londres camino de Cambridge, donde obtuve mi doctorado bajo la dirección de John H. Elliott. Mirando hacia atrás lo que ha sido mi carrera, fue una decisión que estoy encantado de haber tomado.

Si le parece, podemos empezar por la imagen de España en el exterior; un tema que preocupa, por no decir que obsesiona, a los españoles, como muestra la proliferación de ensayos publicados en los últimos tiempos y el éxito de ventas de alguno de ellos, y que usted conoce muy bien ya que hace poco publicó un libro –*The Spanish Craze*, de próxima traducción al castellano con el título de *El embrujo de España*– precisamente sobre la fascinación de Estados Unidos por el mundo hispánico, esto es, por la historia, la literatura, el arte, la cultura y la arquitectura de España, entre 1779 y 1939. En su libro usted muestra cómo a medida que el poder y la influencia del Imperio español se desvanecían, las potencias rivales fomentaron la llamada «Leyenda Negra», que promovía la imagen de España como una civilización muerta y perdida, marcada por una crueldad innata y por su atraso cultural y religioso. Esta Leyenda Negra alcanzaría su punto más álgido en Estados Unidos durante la guerra hispanonorteamericana de 1898, para retroceder poco después, una vez pasado el conflicto, y dar paso de nuevo a una sentida admiración y un renovado entusiasmo por la cultura y el legado hispánicos, valorados por su autenticidad y antimodernismo, no solo en los Estados donde la huella española había sido mayor, como California, todo el sudoeste, Tejas y Florida, sino también en Chicago, Nueva York y Nueva Inglaterra. ¿Qué queda hoy, en Estados Unidos, de ambos fenómenos, la «Leyenda Negra» y el «Embrujo de España»?

Excelente pregunta. Permítame empezar por la Leyenda Negra. En su mayor parte, salvo en discusiones ocasionales sobre la expulsión de los judíos de España en 1492, la Inquisición y el trato que dispensó a conversos y protestantes, es cosa ya del pasado. Ciertamente, no ha desaparecido del todo. Para cualquiera que lea *El pozo y el péndulo* de Edgar Allen Poe, su famoso y aterrador relato, publicado por primera vez en 1842, encontrará tremendamente exagerada su descripción

de la cámara de tortura de la Inquisición, basada como estaba en una nota incluida en una de las primeras traducciones al inglés de la *Historia de la Inquisición* de Juan Antonio Llorente y que a su vez se basaba supuestamente en una relación escrita originalmente por uno de los soldados de Napoleón en 1808. Esa historia, que sigue siendo popular, se hace eco de los temas de la Leyenda Negra, al igual que la escena de la película de 1981 de Mel Brooks *Historia del mundo, parte I*, centrada en la Inquisición y la tortura de judíos. Yo diría que cualquier mención de la Inquisición evoca, aunque vagamente, imágenes de la crueldad y el prejuicio español, temas centrales de la Leyenda Negra y de los que se alimenta. La Leyenda Negra todavía está presente, al menos a nivel popular, en conversaciones sobre el trato a los nativos americanos por parte de los conquistadores, muchas de las cuales continúan teñidas por el relato de las crueldades españolas ofrecido por Bartolomé de Las Casas en su *Breve historia de la destrucción de las Indias*. Aunque imagino que muy pocos activistas y manifestantes nativos americanos hayan leído alguna vez a Las Casas, este sigue siendo la fuente última de sus afirmaciones sobre el «genocidio» atribuido a Colón, Cortés y otros conquistadores.

En cuanto a lo que queda del «Embrujo de España», no estoy muy seguro de cómo responder, especialmente en este momento, en medio de la pandemia de la COVID-19, cuando el turismo de Estados Unidos a España se ha detenido por completo. Y salvo la salida de Messi del Barça, las noticias sobre España que aparecen en los periódicos que leo –me refiero al *New York Times* y al *Wall Street Journal*– solo se refieren a la forma en que el Gobierno de España ha actuado y está lidiando actualmente con esta crisis particular, así como sus consecuencias económicas. Una vez que esta crisis termine, y esperemos que pase pronto, me imagino que los turistas estadounidenses volverán a visitar España en número considerable, entrarán de nuevo en los museos de EE. UU. para ver exposiciones de artistas españoles –y sé que hay varias programadas–, una vez que los restaurantes y bares vuelvan a abrir, reanudarán su reciente historia de amor con las tapas, junto al albariño y otros vinos españoles que han tenido tanto éxito en los últimos años. Pero soy un historiador, no un profeta, y por eso detesto predecir lo que traerá el futuro. El embrujo de España, aunque latente ahora mismo, creo que está a punto de volver.

La preocupación por la imagen de España se ha visto agravada últimamente por dos polémicas recientes. Una, a raíz de las declaraciones del presidente de Méjico, Manuel López Obrador, el año pasado, 2019, en que exigía disculpas al rey de España –y también al papa Francisco– por los abusos cometidos durante la conquista de lo que hoy es Méjico. Aunque usted mismo ya se pronunció sobre ello en su momento, le reitero la pregunta: ¿España debe pedir perdón por lo que sucedió hace quinientos años? Con independencia de las formas y del trasfondo político, principalmente de consumo interno,

de este tipo de preguntas, ¿no cree que las sociedades actuales, herederas o producto de aquellas que las precedieron en el pasado, necesitan un tipo de relato histórico, de «verdad» histórica, tan alejado de las retóricas triunfalistas como de las quejas victimistas? ¿Una explicación histórica basada en el trabajo riguroso y crítico de los historiadores, y que pueda ser compartida a ambos lados del Atlántico? Tuvimos una oportunidad en 1992, cuando se cumplieron los quinientos años del primer viaje de Colón, pero la ocasión se frustró porque el interés del gobierno español por celebrar un centenario aséptico y complaciente, bajo el anodino título de «Encuentro entre dos mundos», fue rechazado por los historiadores e intelectuales latinoamericanos, que reclamaban una aproximación más crítica. La otra polémica, de estas mismas semanas, tiene que ver con las protestas ocasionadas tras la muerte de George Floyd y en particular con la retirada o la demolición de estatuas dedicadas a personajes históricos como el propio Colón o fray Junípero Serra, especialmente aborrecidos por las comunidades nativas de Estados Unidos, al considerarles responsables de la destrucción de sus sociedades y culturas y del estado subalterno y de postergación en que se encuentran hoy. El gobierno español ha protestado, pero con la boca pequeña, para no molestar. Quizá también para no caldear más los ánimos en un tema que no tiene del todo claro. Al fin y al cabo, también en España se han retirado las estatuas de algunos esclavistas y hay colectivos que piden incluso la retirada de la de Colón, en Barcelona. El debate se extiende a Francia, Bélgica (el rey Leopoldo y su explotación colonial del Congo), Gran Bretaña y al propio Estados Unidos, donde se discute sobre el lugar de honor que siguen ocupando los generales sudistas y la propia bandera confederada. Aquí no se trata de ninguna Leyenda Negra, sino de memoria histórica, de cómo las sociedades actuales se enfrentan o ajustan cuentas con su propio pasado. ¿No le parece?

Creo que sería una exageración atribuir a la Leyenda Negra los recientes ataques a las estatuas de varios exploradores españoles. Permítame explicarlo. En medio de la pandemia, EE. UU. ha experimentado una agitación racial provocada por la trágica muerte de George Floyd, un afroamericano, en Minneapolis, Minnesota, el 31 de mayo de 2020. La muerte de Floyd ha puesto al descubierto una división racial y una desigualdad que vienen de lejos. También ha provocado un resurgimiento del movimiento *Black Lives Matter* junto a protestas que exigían justicia racial y las reformas necesarias para mejorar las vidas de los negros, así como las de los hispanos, los nativos americanos y otras minorías. Mientras las protestas se extienden, algunos manifestantes han atacado, desfigurado y, en ciertos casos, desmantelado estatuas y monumentos que se consideran símbolos de injusticia racial y odio. La mayoría de estas estatuas son de generales y líderes de la Confederación que se rebeló contra Estados Unidos en 1861 para defender la institución de la esclavitud, lo que precipitó una sangrienta guerra civil que

duró cuatro años. Pero también algunas de las estatuas que han sido derribadas o desfiguradas representan a figuras que desempeñaron un papel importante en la colonización española de América del Norte, entre ellas la de Juan de Oñate en Albuquerque, capital de Nuevo México, y en Alcalde, ciudad del mismo estado, junto a las de fray Junípero Serra en California. Varias estatuas que conmemoran a Cristóbal Colón han sufrido también destrozos, incluida una aquí en Filadelfia, la ciudad donde vivo, aunque merece la pena señalar que nadie ha atacado la estatua de Diego de Gardoqui, el mercader vasco que suministraba armas y otros pertrechos al ejército de George Washington, que está ubicada en un parque muy cerca de mi casa.

Varios artículos que han aparecido recientemente en la prensa española han presentado la agresión contra estas estatuas como si fuera un ataque frontal contra la herencia española en Estados Unidos. Creo que se equivocan. En mi opinión, los manifestantes no vean estas estatuas en términos estrictamente hispánicos. Más bien las consideran símbolos de la colonización y explotación de los negros y los pueblos indígenas por parte de los colonos europeos y blancos en general.

Un ejemplo llamativo es la estatua de Juan de Oñate, adelantado mayor y primer gobernador español de Nuevo México, en Albuquerque. Esta estatua forma parte de un conjunto monumental, llamado *La Jornada*, encargado en 1998 para conmemorar el cuatrocientos aniversario de la llegada de los primeros colonos españoles a la región en 1598. El pasado 19 de junio, en medio de una serie de manifestaciones vinculadas al movimiento *Black Lives Matter*, la estatua dedicada a Oñate desencadenó una acalorada batalla entre los manifestantes –un grupo mezclado de indígenas, negros y blancos–, que exigieron la destrucción de la estatua, y quienes salieron en su defensa, entre ellos un tal Steven Baca, que, armado con un rifle, disparó contra los manifestantes que intentaban desfigurar a Oñate, e hirió a uno de ellos. Al día siguiente Baca, una vez identificado, fue detenido y encarcelado a la espera de ser procesado. Por su parte, las autoridades municipales de Albuquerque, a fin de prevenir nuevos alborotos, ordenaron el desmontaje y traslado de la estatua de Oñate. Las otras estatuas que había en el conjunto de *La Jornada* –representando a unos criados de Oñate y a varios pobladores, con sus carros y bueyes– siguen en pie.

¿Por qué tanto alboroto sobre Oñate? Entre los historiadores, Oñate, llamado el «último conquistador», es considerado desde hace mucho tiempo una figura muy controvertida debido a la forma brutal con que reprimió la resistencia nativa al dominio español en Acoma Pueblo, en donde, además de condenar a varios hombres y mujeres a prestar «servicio personal» durante largas temporadas, ordenó a sus soldados cortar los pies de varios hombres mayores de 25 años. A pesar de estos actos de crueldad e indignidad, Oñate tiene sus partidarios. Tras la anexión de Nuevo México por Estados Unidos en 1852, por ejemplo, varios gobernadores anglosajones del territorio lo celebraron junto a otros españoles

como grandes pioneros, representándolos como portadores de la civilización y ensalzándolos por introducir el cristianismo y la agricultura y la industria al estilo europeo en lo que consideraban una tierra poblada por salvajes bárbaros. Paralelamente, Oñate fue elogiado también por los «ricos», es decir, los importantes propietarios mexicanos de la región, muchos de los cuales, que afirmaban ser descendientes directos de los primeros pobladores españoles de la región, incluso se llamaban «españoles» a sí mismos, como he señalado en mi último libro, *The Spanish Craze*. En el siglo xx, los descendientes de estos «españoles», muchos de los cuales ocupaban cargos importantes en la Administración nuevomexicana, se convirtieron en hispanoamericanos, y al acercarse el cuatrocientos aniversario fueron responsables en parte de encargar las estatuas de Oñate tanto en Albuquerque como en Alcalde. De ello se deduce que, para muchos hispanos, Oñate, a pesar de su –fundada– reputación de brutalidad, es un símbolo de su ascendencia y herencia, y también de su propia identidad como hispanoamericanos. Por esta razón, no es casualidad que el defensor armado de Oñate en Albuquerque se llamara Baca.

Sin embargo, para la población indígena de Nuevo México, especialmente los genízaros, que afirman ser descendientes directos de los nativos (Pueblos, Utes y otros pueblos) que habitaban Nuevo México antes de 1598, Oñate tiene otros significados. Su estatua simboliza la pérdida de su tierra, su cultura e incluso su religión, o como lo expresó un manifestante en Albuquerque: «su Dios no es mi Dios».

Está claro, pues, que Oñate significa aún diferentes cosas. Para los hispanos, simboliza herencia, identidad, un pasado honrado, incluso noble. Para los nativos, encarna la opresión racial, así como las injusticias, económicas y sociales, sufridas por los nativos americanos junto a los negros y los miembros de otras minorías raciales en Estados Unidos. En este sentido, el ataque a Oñate, o los perpetrados contra Serra, no constituyen tanto un ataque a España y a la cultura española como un ataque a los colonialistas europeos en general y a todo tipo de explotación, sea de gente, de tierra y de otros recursos. Al mismo tiempo, si vemos las agresiones contra las estatuas desde una perspectiva racial, parecen ser ataques a la «blancura», un concepto que vincula la distribución desigual del poder y la riqueza en Estados Unidos –y en otros países también– con cuestiones de raza y color de la piel.

La lucha por corregir estas desigualdades e injusticias continuará, como debe ser, pero ¿es necesario eliminar la estatua de Oñate de la vista pública? La historia no se puede borrar. Es mejor aprender qué lecciones puede ofrecer la historia, y esto se aplica a la estatua de Oñate y a las de otros conquistadores. Eran hombres de su tiempo. No del nuestro. También es importante que entendamos sus motivos y sus valores, que en su mayor parte fueron radicalmente diferentes de los nuestros. Reconozco que es difícil hacerlo, pero no deberíamos juzgar sus acciones según los estándares de hoy. Al igual que la mayoría de los demás europeos

de su época, Oñate consideraba a los nativos como bárbaros, pueblos sin Dios que debían ser educados a vivir con «policía», término que, además de requerir su conversión al cristianismo, implicaba una vida más a la suya, aunque ello significase la pérdida de sus tierras tradicionales, el abandono de sus costumbres y el trabajo forzado en obradores y minas de plata.

En gran medida, estas actitudes han cambiado y, a este respecto, la estatua de Oñate tiene valor didáctico. Reconstruida en algún tipo de museo o parque parecido al actual Parque Muzeon (o Parque de los Héroes Caídos) en Moscú, que alberga estatuas de centenares de figuras importantes durante la época soviética, los espectadores podrían aprender algo más de la historia y la cultura españolas, de los impulsos tras la llegada de los españoles y demás europeos a las Américas y de la herencia hispánica en Estados Unidos. También se les podría enseñar por qué algunos grupos consideraron apropiado en algún momento erigir una estatua en su honor. No se trata tanto de conmemorar o venerar a Oñate o a misioneros como Serra, sino de mejorar nuestro entendimiento de lo que había hecho y por qué. En mi opinión, la comprensión genera respeto entre gentes distintas, independientemente de las diferencias de origen, color o credo.

Aplico lo mismo a culturas diferentes, como las de España y Estados Unidos. En general, se ha representado a ambas como si sus diferencias estuviesen profundamente enraizadas en su ADN nacional. Es cierto que, ya en siglo XVIII, los yanquis miraban a los españoles a través de los lentes de la Leyenda Negra, mientras que los españoles lo hacían alineándose con el conde de Aranda, ministro de Carlos III, que en 1783 veía Estados Unidos como un coloso interesado solo en su propio «engrandecimiento» a costa de España.¹

Estas percepciones perduraban en 1898, y no quiero descartar su importancia entre los varios factores que contribuyeron a la guerra entre ambos países, el único momento en su larga historia en que entraron en el campo de Marte en lados opuestos. Sin embargo, hubo otras épocas de admiración y respeto, entre ellas la del *Spanish Craze*, al principio del siglo XIX o, en cierta medida, los años entre la Olimpiada de Barcelona en 1992 y la victoria del equipo español en la Copa del Mundo en 2010, cuando, como escribí en mi libro, «España estaba de moda».

En cuanto a hoy en día, cuando los norteamericanos leen algo de España, está relacionado principalmente con la COVID-19, tema muy apartado tanto de la Leyenda Negra como del *Spanish Craze*. Por otra parte, cuando miro al futuro, mi esperanza es que se recupere algo del mismo espíritu de mutua admiración y respeto que floreció durante la época del *Spanish Craze*, pero aquí se debe recordar que no soy profeta sino historiador. ¡Qué será, qué será!

1. <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/8/3637/9.pdf>.

Volviendo a España y a su imagen exterior, cuando el entonces presidente de Estados Unidos Bill Clinton intervino en diciembre de 1998 ante el Consejo Nacional Palestino, en Gaza, invitado por Yasser Arafat, recurrió al elogio de la España medieval, «la época dorada de España, donde judíos, musulmanes y cristianos vivían en una extraordinaria era de tolerancia», como ejemplo histórico a seguir. Lo recuerda el medievalista Juan Vicente García Marsilla en su contribución a este dossier. Más allá de la buena voluntad del mandatario y sus buenos propósitos por alcanzar un acuerdo entre árabes e israelíes, ¿no es ir demasiado lejos? ¿No se corre el riesgo de pasar de la Leyenda Negra del fanatismo y la intolerancia a una Leyenda Rosa que blanquea las atrocidades del pasado –la destrucción de al-Ándalus, sin ir más lejos– y exagera la pretendida convivencia y respeto mutuo entre las tres culturas?

Sobre el tema de Leyenda Negra contra Leyenda Blanca o Rosada, lo que me molesta es pensar cada una de esas categorías como absolutas. También como entidades separadas. En mi opinión, una es inseparable de la otra y, de hecho, eran y son mutuamente dependientes. Permítame dar más detalles. Como es bien sabido, gracias en buena medida a la obra de Ricardo García Cárcel, la Leyenda Negra tuvo su origen en el siglo XVI y en diversos escenarios europeos. Algunos aspectos de ella surgieron por primera vez en Flandes, donde Erasmo, Juan Luis Vives y otros exiliados españoles escribieron sobre la Inquisición y los peligros que representaba para los conversos y los simpatizantes de Lutero y de otras reformas religiosas. Otro foco fue Italia, donde, a raíz del saqueo de Roma en 1527, los críticos del emperador Carlos V denunciaron las atrocidades cometidas por las tropas españolas. Y un tercero fue Sevilla, donde el editor de la *Brevísima destrucción* de Bartolomé de las Casas imprimió este tratado, no como libro, sino como panfleto y, al hacerlo, logró escapar de la censura previa a la publicación por parte del Real Consejo de Castilla. Posteriormente, el principal foco de críticas a las crueldades españolas se desplazó hacia el norte de Europa, principalmente hacia las dieciséis provincias rebeldes de los Países Bajos e Inglaterra, ambos países en guerra con Felipe II.

Por supuesto, la Leyenda Blanca/Rosa fue una respuesta a estas críticas. Entre los defensores de España estaban Juan Ginés de Sepúlveda, quien debatió con Las Casas en Valladolid, una serie de cronistas reales cuyas historias defendían las acciones de las tropas españolas tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo, junto a varios apologistas de la Inquisición, entre ellos Luis de Páramo y Diego de Simancas, quien consideraba al Santo Oficio un arma necesaria para evitar la propagación de la herejía. En este sentido, la Leyenda Blanca se alimentaba y de hecho dependía en gran medida de la Negra.

De hecho, una no podía sobrevivir sin la otra, ya que ambas estaban atrapadas, aunque incómodamente, en un abrazo mutuo. Si las críticas de Paolo Jovio a las tropas españolas en Italia engendraron el *Antijovio* de Gonzalo Ximénez de

Quesada, las *Décadas* y otras historias del cronista real Antonio Herrera y Tordesillas pueden leerse como la respuesta oficial de la monarquía a la *Brevísima* de Las Casas y a la *Apologie* de Guillermo de Orange, así como a la *Histoire General d'Espagne* de Mayerne de Tourquet. Las críticas a la política española por parte de los distintos arbitristas, comenzando con Luis Ortiz y continuando con Martín González de Cellorigo, Pedro Fernández de Navarrete y otros escritores del siglo xvii, proporcionaron combustible adicional a la Leyenda Negra. Como ha demostrado recientemente Carlos Martínez Shaw, estos arbitristas eran patriotas en el mejor sentido de la palabra, pero sus críticas ofrecieron combustible a los críticos extranjeros de España hasta bien entrado el siglo xix e incluso durante la guerra hispanoamericana, que fue cuando Emilia Pardo-Bazán acuñó el término Leyenda Negra, que pronto sería popularizado por Julián Juderías en su famoso libro de 1914.

Quizá no haya mejor ilustración de la mutua dependencia de las dos leyendas, la Negra y la Blanca, que las imágenes en contraste de España ofrecidas por varios escritores americanos a lo largo del siglo xix. En el lado de la Leyenda Negra, los críticos de España, basándose en una tradición protestante anticatólica que se remontaba a la época colonial del país, tuvieron pocas dificultades para desdeñar a los españoles como un grupo de «católicos intolerantes» propensos a «la práctica de todos los vicios». Esos mismos prejuicios se filtraron en la obra del destacado historiador George Bancroft (1800-1891), quien, en su enormemente popular historia de Estados Unidos, recordó a sus lectores que España era el país en donde «se había quemado a más personas por sus opiniones que habitantes tiene Massachusetts». En cuanto al papel de España en la historia de América, Bancroft lo comparó con una «fuerza oscura» cuya única misión era «forjar provincias con la espada [...], saquear los tesoros acumulados de alguna antigua dinastía india [y] regresar de una expedición itinerante con una multitud de cautivos esclavizados y abundancia de botín».

Sin embargo, por cada crítico, España tenía sus defensores. La España de Prescott, a pesar de la presencia de la Inquisición, era mucho más civilizada y dinámica que la que describió Bancroft. Lo mismo sucedía con los escritores de viajes. En su *Un año en España por un joven americano*, de 1829, Alexander Slidell-Mackenzie describió España como un país oscuro y amenazador en el que los viajeros corrían el riesgo de ser atacados por bandidos. Contrasta esta España con la descrita en 1832 por Washington Irving, cuya *Alhambra* ofrecía una visión romantizada decididamente optimista de la «España soleada», donde los bandidos contaban historias en contraste con los bandidos de Mackenzie que no hacían más que asesinar y robar.

Quizás un ejemplo aún mejor de estas imágenes contradictorias de España se puede encontrar en las primeras historias de Florida escritas por estadounidenses. Bancroft, por ejemplo. Atreviéndose con los tropos de la Leyenda Negra, describió a Hernando de Soto como un capitán cruel y desalmado «cegado por la

avaricia y el amor al poder», así como alguien cuyos encuentros con los nativos terminaban invariablemente en «crueldades y carnicería» españolas. Por el contrario, Thomas Buckingham Smith (1810-1871), basándose en parte en la imagen mucho más favorable y blancolegendaria de De Soto elaborada por Garcilaso de la Vega, describió a De Soto como un «valiente», «bondadoso» y «magnánimo» soldado que trataba a los nativos con «compasión». En contraste, además, con los retratos oscuros y amenazantes de los españoles de Bancroft, Smith afirmaba que eran «tan refinados, ilustrados y [tan] humanos como cualquier [pueblo] de Europa». Y mientras otros historiadores, James Abbott, por ejemplo, seguían ofreciendo imágenes negrolegendarias de los españoles, Charles Lummis hizo exactamente lo contrario en su *best-seller Spanish Pioneers* (1893), un volumen que también llevó a su punto culminante el «espíritu humano y progresista» del pionero español en el suroeste del país. Un último ejemplo de este tipo de contraste ojo por ojo con respecto a España es la Hispanic Society of America de Archer Milton Huntington, una institución que fundó en 1904 para mostrar el genio, tanto artístico como literario, del pueblo español. Además del «amor» declarado de Huntington por España, la HSA también puede entenderse como su respuesta a un amigo de su padre que, al enterarse del interés del joven Archer por España y su cultura, reprendió al joven por su interés por un «una civilización muerta y desaparecida».

En mi opinión, ambas leyendas, negra y blanca, están repletas de hipérboles, exageraciones e inexactitudes de todo tipo. Quienes contribuyeron a propagar estas leyendas, así como las circunstancias que rodean sus contribuciones, exigen mucho más en forma de investigación académica. Lo que parece seguro a estas alturas es que ninguna de las dos podría existir sin la otra, encerradas como estaban en un baile macabro del que aún queda mucho por aprender.

Me gustaría preguntarle también sobre su próximo libro, que tratará sobre Henry Charles Lea. ¿Qué le ha llevado a estudiar a este autor? ¿Qué importancia tuvo su obra sobre la Inquisición? ¿Qué más tiene en mente para el futuro?

Me pregunta usted sobre mi próximo libro, que, como sabe, se centra en Henry Charles Lea, más conocido por los lectores españoles por su clásica *Historia de la Inquisición española* en cuatro volúmenes, publicada originalmente entre 1904 y 1908 pero que solo apareció traducida al español en 1983, siete años después de la muerte de Franco. Como reconoció Ángel Alcalá, el traductor de Lea, el retraso se debió en gran parte a la percepción entre los académicos españoles de que el enfoque de Lea sobre el Santo Oficio era demasiado crítico para ser publicado en español.

Como historiador que ha escrito sobre la Inquisición, Lea me es bastante familiar; recuerde que sus *Capítulos de la historia religiosa de España* (1880) fue

probablemente el primer libro que llamó la atención sobre Lucrecia de León, la profetisa callejera a la que dediqué todo un libro, y unos años más tarde destacué su artículo «La decadencia de España» sobre las razones de la derrota de España en la guerra del 98 en mi ensayo sobre el paradigma de Prescott. Pero aparte de citar su trabajo, nunca me molesté en aprender mucho sobre Lea. Sabía que era un editor adinerado de Filadelfia que, al final de su vida, se convirtió en historiador, pero solo me interesé por él cuando me mudé a Filadelfia en 2013. Como lector habitual de la Biblioteca Van Pelt de la Universidad de Pensilvania, me intrigaba –y visitaba con frecuencia– su biblioteca personal, que había sido reconstruida en la planta baja del edificio. También tuve la oportunidad de consultar algunos de los libros y manuscritos que había reunido junto a algunos de sus documentos personales, todos los cuales se encuentran también en esa biblioteca. Pero como estaba ocupado con otros proyectos, nunca se me pasó por la cabeza escribir un libro sobre Lea.

Todo eso cambió, casi por casualidad, en el transcurso de una cena que ofreció David Nirenberg, un distinguido medievalista que probablemente conozca, en su casa de Chicago. Creo que fue a finales de marzo de 2014. En algún momento de la noche, tal vez después de que yo dijese algo sobre Lea y su biblioteca, otro de los invitados, Felipe Pereda, un historiador del arte bastante familiarizado con las fuentes inquisitoriales, sugirió lo interesante que sería saber cómo logró Lea reunir las fuentes para sus libros. Fue entonces, por citar una antigua frase en inglés, cuando cayó el centavo (caí en la cuenta). ¿Un libro sobre Lea? ¿Por qué no? Vivía en Filadelfia, cerca de las fuentes que necesitaría consultar. Creo que tomé la decisión esa misma noche: una vez que terminase mi libro sobre el *Craze*, lo que me tomó varios años más, sería el turno de Lea.

Pronto descubrí que la única biografía existente de Lea, escrita por Edward Bradley, encargada e impresa de forma privada por uno de los hijos de Lea en 1929, era básicamente una hagiografía. Aunque Bradley se basó en varias fuentes que ya no existen, tuvo muy poco que decir sobre la vida privada de Lea, sus razones para escribir sobre la Inquisición, su metodología o la importancia histórica de sus libros sobre la Inquisición, especialmente la española, su reconocida obra maestra. Ángel Alcalá, Edward Peters, un medievalista de Penn con un interés particular en la biblioteca de Lea, Doris Moreno y algunos otros académicos han abordado algunos de estos temas en artículos y ensayos breves, pero como he podido comprobar en los últimos cuatro años queda mucho por aprender sobre Lea, su vida y sus ideas.

Hay pocas dudas sobre la importancia de su *Historia de la Inquisición española*. Después de todo, Lea fue el primer erudito en recurrir sistemáticamente a documentos de archivo para escribir la historia del Santo Oficio. Como nunca viajó a España, se basó en copias de documentos preparadas, a sus expensas, por archiveros de Barcelona, Madrid y Simancas. En un momento, incluso convenció a la Bodleian Library de Oxford para que le prestara varios paquetes de manuscritos

en español que le fueron enviados a Filadelfia y que él devolvió. Las bibliotecas de Alemania hicieron lo mismo. Su confianza en estas fuentes originales supuso que algunos de sus primeros críticos calificaran su historia de «científica», en el sentido de ser objetiva, pero, para ser honesto, la objetividad no era el punto más fuerte de Lea. Sin duda, fue uno de los primeros en dejar las cosas claras sobre el recurso de la Inquisición a la tortura y también puso los pies en la tierra las estimaciones tremendamente exageradas de Llorente sobre el número de víctimas. Pero, como también he podido descubrir, organizó e interpretó sus fuentes de acuerdo con ciertas ideas preconcebidas y decididamente negativas sobre la historia de la Iglesia católica, articuladas por primera vez en varios ensayos poco leídos publicados en la década de 1850 y a las que se mantuvo aferrado durante el resto de su vida.

También reconozco que un estudio integral de Lea plantea varios desafíos. Aunque no debería tener muchas dificultades para enmarcar su historia dentro del conjunto de la historiografía inquisitorial, el estudio exige un conocimiento profundo de varios temas sobre los que todavía tengo mucho que aprender. Entre ellos, la historia de Estados Unidos durante el siglo XIX, los cambios en las ideas protestantes sobre el catolicismo de la Iglesia católica durante esa época, la historia de la edición, la historia de Filadelfia (Lea estaba profundamente inmerso en la política municipal como reformador), incluso el mercado inmobiliario de esa ciudad en tanto en cuanto la mayor parte de la fortuna de Lea y el dinero que invirtió en escribir sus libros procedían de sus inversiones en bienes raíces. Dominar estos temas lleva tiempo, especialmente ahora, debido a la COVID-19, cuando la mayoría de los archivos y bibliotecas están cerrados, pero felizmente el libro avanza, aunque terminarlo me ocupará varios años más.

Más allá de eso, no hago planes, aunque todavía jugueteo con la idea de volver a la historia de la España moderna, especialmente al Toledo de El Greco, tema que he abordado en numerosos ensayos durante los últimos cuarenta años y que me gustaría revisar y reunir en forma de libro.

Afortunadamente para nosotros sigue usted enfrascado en nuevos y apasionantes proyectos de investigación. Cada nuevo trabajo suyo aporta más luz y sentido sobre lo que ha sido y es el tema cardinal de su obra: la historia y la cultura de España. Gracias a ella conocemos y comprendemos mejor el pasado de este país y también su presente, incluidos sus pasajes más oscuros, aquellos que en su día fueron ingredientes centrales no solo de la «Leyenda Negra» sino también de las críticas formuladas desde el interior por españoles lúcidos y patriotas a quienes dolían los males del país. Muchos de ellos fueron y continúan siendo tachados de antipatriotas, de antiespañoles, de actuar al servicio de los enemigos de España. Frente a cualquier planteamiento crítico lo que hoy parece prevalecer es todo lo contrario: un ensalzamiento desa-

complejado y sin matices del pasado patrio. La Leyenda Negra ha sido sustituida por una Leyenda Blanca que, valga la redundancia, «blanquea» los episodios más polémicos de ese pasado con el fin de reafirmar el orgullo nacional y de agrupar en torno a la bandera –*to rally around the flag*– a todos los españoles, por encima de las discrepancias políticas e ideológicas. Algunos historiadores académicos, empezando por los que participan en este dossier, han denunciado ya el sesgo político y poco científico de tal planteamiento, más propio de postulados nacionalistas que de la investigación histórica, crítica por naturaleza. Desde su doble condición de observador exterior y, a la vez, profundo conocedor de la historia y la cultura de este país, ¿qué piensa de este resurgir de la Leyenda Blanca y cómo cree que debería escribirse y enseñarse la historia de España a los españoles y al resto del mundo?

No quisiera dar una respuesta precipitada a esta pregunta, ya que responderla de manera adecuada e inteligente requiere un poco de reflexión. ¿Puede esperar un día o dos? Si no, mi primer pensamiento –y pienso ahora en la reseña que publiqué hace más o menos un año sobre varios libros de leyendas blanca y negra y en la que me enfrenté a la pregunta de por qué se estaban publicando tantos libros dedicados a estos temas– es que ahora veo que la respuesta probablemente se encuentre más en la crisis económica (y política) de España entre 2008 y 2016, una crisis prolongada posteriormente por las continuas tensiones sobre la situación en Catalunya, las dificultades del país para establecer un gobierno nacional estable y actualmente por la pandemia de 2020. Sin entrar en detalles, la crisis, ya sea en España o en otros países, incluido el mío, genera descontento. También anima a los historiadores a buscar en el pasado las causas de ese descontento. Otros se sienten atraídos por momentos de crisis anteriores que aparentemente ofrecen paralelismos con los problemas de hoy, mientras que otros, como para desviar la atención de las causas internas de la crisis, se sienten inclinados a resaltar momentos de gloria pretéritos, uniéndose en torno a la bandera, como apunta usted acertadamente, enfatizando así la grandiosa misión civilizadora de España en las Américas, las Filipinas y varias partes del norte de África. En este sentido, la Leyenda Blanca sirve de refugio, brindando consuelo a los lectores en busca de escape, mientras lee sobre las crueldades de los conquistadores y los duros métodos que emplearon los misioneros para convertir a los nativos al cristianismo. Algo parecido está ocurriendo entre los hispanos aquí en Estados Unidos. En vez de leer sobre Juan de Oñate y fray Junípero Serra, hay un movimiento en marcha para aprender más y celebrar el papel de España en la guerra de la Independencia de este país contra Gran Bretaña, en particular en lo que se refiere al apoyo de Bernardo de Galvés, Juan de Miralles, José de Jáudenes (valenciano, si mal no recuerdo) y Diego de Gardoqui a George Washington y sus tropas.

Curiosamente, la crisis actual de España, sus esfuerzos por lidiar con ambos lados –el blanco y el negro– de su larga historia, es una crisis que tiene también

su paralelo en Estados Unidos, en donde los historiadores miran hacia atrás, a la historia de la nación, documentando hasta qué punto los deseos de los padres fundadores de garantizar «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad» para todos los ciudadanos se quedaron cortos. En cuanto a mí, así como mi esposa y mi familia, estoy en proceso de reaprendizaje –quizás una palabra mejor sería «desaprender»– de prácticamente todo lo que me enseñaron sobre la historia del país cuando era niño. El magistral libro de Jill Lepore *These Truths (Estas verdades)* ha sido de gran ayuda en este sentido. No todos, y menos aún el presidente Trump, que actualmente propone cursos de «educación patriótica» para todos los escolares estadounidenses, estarían de acuerdo con la interpretación de Lepore de la compleja historia del país, pero subrayando lo positivo al lado de lo negativo me ha ayudado a mí y a millones de lectores a comprender mejor los antecedentes de los problemas económicos, políticos y raciales actuales del país.

No estoy seguro de quién entre los historiadores actuales de España es el equivalente de Jill Lepore –espero que uno de los lectores de esta entrevista me diga quién es esa persona–, pero lo más importante, a mi modo de ver, es evitar las leyendas –negra, blanca, rosa o gris– y examinar el pasado de la manera más abierta y veraz posible. Es una forma mucho mejor de entender la historia, y también el presente.

.....
ANTONI FURIÓ (Sueca, Valencia, 1958) es catedrático de Historia Medieval en la Universitat de València. Fue director de Publicacions de la Universitat de València durante más de una década y codirige la revista *L’Espill* junto a Gustau Muñoz. Es autor, entre otros libros, de *Història del País Valencià* (1995), *El rei Conqueridor. Jaume I entre la història i la llegenda* (2007) y coeditor de *Historia de las Españas. Una aproximación crítica* (2015).